

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Setiembre 29 de 1860.

Núm. 11.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 29 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

X.

A un tiempo mismo que Quevedo procuraba reprimir el mal gusto que, como ya dijimos, habia invadido la poesía, a consecuencia del mal ejemplo dado por Lope de Vega i sus discípulos, otro hombre de un talento superior, trataba a su vez i a su manera de poner un dique al torrente que, segun él decia, inundaba la poesía castellana. Este personaje era el famoso don Luis de Góngora, fundador de la extravagante secta de los *cultos*.

Lo que realmente pasma estudiando la historia de la poesía española, es ver que Quevedo, apellidado por sus contemporáneos como el padre de la escuela de los *sentenciosos*, i Góngora llamado a su turno, como lo hemos dicho, creyesen levantar el templo de las musas, en su concepto medio derribado ya por los profanadores del arte, al mismo tiempo que, olvidados de sus preceptos i mas que eso, de toda lei de buen gusto, autorizaban cada uno a su turno, con su ejemplo, los mismos desvarios que pretendian estirpar.

Esto mismo intentábalo tambien Lope, i sin querer ni pensarlo tal vez, echaba asimismo a rodar las lecciones que daba, haciendo como adrede, alarde de los mismos idénticos descarrios contra los que, en su dulzura i amabilidad, levantaba su voz con mas enerjía i calor que lo que podia esperarse de su suave i tranquila condicion.

Pero ántes de todo ¿qué vicios eran esos, que en sentir de estos ilustres literatos corrompian la índole jenerosa de la poesía? ¿Cuáles eran esos defectos que la eclipsaban i amenazaban dar al traste con ella, sepultando los bellos ejemplos dados ya por los célebres líricos anteriores? Al oírlos, uno creeria que la poesía caminaba a la barbárie, que la lengua española no era ya el idioma que habian apurado i acendrado Leon, Herrera, Rioja, etc., sino simplemente una jergonza indescifrable i vergonzosa. Entretanto-

to, i a pesar de toda esta grita, Cervántes escribía las hermosas páginas que han sido el embeleso de las jeneraciones posteriores, i que lo serán siempre de los hombres de injenio i de corazon: apesar de todas estas quejas, los Argensolas daban diariamente muestras de su copiosa erudicion en materia de lenguaje: Villegas con sus anacreónticas sacaba del idioma poético bellezas sin cuento; i Lope i lo mismo Góngora i Quevedo, mostraban, a un tiempo que lloraban el mal gusto, que eran capaces de arrancar, cuando querian, de la lira de Garcilazo, ya tan considerablemente encordada, i tan diestramente mejorada i pulida, acentos verdaderamente sublimes.

Pero no: para Quevedo la poesía se vulgarizaba, rastreaba en la humildad, por que no se empleaba ese lenguaje sentencioso, enfático, cortado, cuyas luces no abrasan constantemente, sino que chispean por intervalos; pero nó, para Góngora la poesía estaba estragada, envilecida, deslustrada, era ya rastrera, pobre, mendiga, por que Lope i sus imitadores no empleaban los mas sofisticos conceptos, las alusiones mas enmarañadas, los equívocos mas alambicados, las metáforas mas por los cabellos traídas, i todo ese farrago de comparaciones estrambóticas, de empalagosos requiebros, que hacen de la mayor parte de las poesías eróticas de ese tiempo un centon de coplas fastidiosas, en que si luce a veces el martirio del poeta, no aparece ni se columbra siquiera el menor vestijio de sentimiento. Tan verdadero es esto que Herrera mismo, apesar del encanto que sabe inspirar siempre, nos disgusta sobre manera i tanto que nadie querría ser el idolatrado objeto de sus ansias, para no verse constantemente envuelto en esas interminables elejías, en ese cúmulo de devaneos, que hacen de su pasión una pasión postiza. i que solo puede creerse un tanto, oyendo a sus biógrafos la apasionada i platónica ternura que sintió i sostuvo siempre sin esperanza por la hermosa Condesa de Gelves.

Por lo que hemos dicho, se verá que ni Quevedo ni Góngora ni Jauregi, que fueron los que se pusieron a la obra para purificar el gusto literario, ya en su sentir tan gastado o corrompido, andaban del todo acertados; pues ni la trivialidad i desmayo que podia

achacarse a Villegas, a Lope i sus discípulos, merecia ese tan exajerado concepto, ni mucho ménos ese remedio con que se pretendió curarla, i que solo sirvió para gastar su vida i enterrarla al fin en una indigna i vergonzosa sepultura.

Sin querer imitar a don Ignacio de Luzan i todos los demas escritores para quienes la poesía se reduce solo a perfectos períodos gramaticales, a exornaciones puramente esternas, a formas físicamente artísticas: sin pretender ponernos de parte de los intolerantes preceptistas de la escuela creada por Hermosilla, sin duda para completar la que quiso fundar en política con su execrable *jacobinismo*; no podemos, sin embargo, acometer la empresa de defender a Góngora en todo aquello que le censuran i motejan distinguidos humanistas i poetas esclarecidos, que pueden corroborar sus lecciones con el ejemplo.

Para Luzan i sus alumnos que se llaman los restauradores de la poesía castellana, Góngora, segun dice Viardot, copiando a la letra en todas sus apreciaciones a Quintana, fué sinónimo de *poeta detestable*, i de *corrupcion literaria*, llevada al mas alto punto que pueda figurársela.

I sin embargo, el poeta detestable, el corruptor de la lengua castellana, ofrece en sus letrillas i sus romances, páginas enteras de versos encantadores, de verdadera poesía, a la que, en nuestro sentir, no ha tenido rival ni compañero. Pero no es este jénero solo, donde sobresale este eminente poeta, que hai millares de estrofas en sus poesías que pueden testificar que no solo manejaba clásicamente, cuando queria, la lira castellana, sino que hacia remontar su fantasía hasta una rejion a que solo puede encumbrarse el verdadero núnen.

Andaluz, dotado de un jénio independiente, de un corazon apasionado i altivo, de un carácter pronto i vivaz como la jeneralidad de sus compatriotas, poseido ademas de una arrogancia, llevada muchas veces hasta la temeridad, ¿cómo no debia resentirse su estilo i lenguaje de estas ventajas i de estos defectos, de esta mezcla que no puede esplicarse, sino por aquello *de que cada uno tiene los defectos de sus buenas cualidades*? ¿En cuál de los poetas, esceptuando a Francisco de la Torre, a quien no tememos de dar la palma en el *lirismo* sentimental, podrian encontrarse estancias de mas galanura, de mas bizarria, de mas fuego que en éste? ¿No parecen pálidas, sin color, las estrofas tiernas del mismo Villegas, comparándolas a muchas de las de este poeta? En el número, la cadencia, la bizarria, la robustez, tiene a veces competidores? Acordes están, Puibusque, Marchena, Quintana, Viardot, etc. etc., en citar como prueba no solo de lenguaje poético, sino

elevacion de pensamientos, los siguientes versos.

«Rei de los otros rios caudaloso
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente i tu cabello ondoso.»

¿En qué poesías amorosas puede haber imágenes mas oportunas, espresiones mas decorosas, pinturas mas vivas i apasionadas que en aquella en que aconseja a los amantes que no toquen la boca de su amor, por que entre el uno i el otro labio se halla escondida como entre flor i flor una astuta serpiente?

«No hai en todo Anacriote, dice Quintana, un pensamiento tan jentil como el de aquella cancion, en que presentando unas flores a su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban.»

Estas bellezas son comunes en el jénero levantado, cuando este hombre tan ricamente dotado de estro, quiere sujetarse a los preceptos del buen gusto, cuando se olvida del estrambótico papel de novador, que quiso asumir, no se sabe por que, para restaurar el mal gusto de su tiempo.

Si de este jénero volvemos la vista al romance, los ejemplos felices, inimitables que nos ha dejado son sin cuento, como puede verlos cualquiera con leer en las colecciones de poetas, el primer romance que le caiga a la mano. Ya dijimos que el que trata sobre la brevedad de la vida etc., era de los mejores que tiene el castellano, i sin embargo, acúsanos el remordimiento de haberle dado la preferencia, leyendo despues otros muchos en que campean iguales, por no decir, superiores rasgos de jénio i de perfecta elocuencia poética. Sin embargo, copiarémos estas dos preciosas estrofas de aquel romance para estar de acuerdo con los críticos, i que no pueda recusarse nuestro juicio.

El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca
I la sombra no la halla.
El mal, la robusta encina
Que vive con la montaña,
I de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es el ciervo herido
Que las flechas le dan alas;
La esperanza el animal
Que los piés lleva en su casa.

Si dejamos el petrarquismo hecho, al parecer de muchos humanistas, ya una epidemia en los poetas de este siglo de oro, forzoso será, si no queremos ser exigentes, que

ya que no le llamemos el rei de las letrillas, confesemos a Góngora un mérito indisputable en este jénero, i un reconocimiento justamente merecido, por cuanto los poetas modernos que se han distinguido en la leyenda, le son deudores de modelos preciosísimos que han debido por fuerza tener a la vista para cortar los suyos.

Con todo, este hombre tan superior, tan bien organizado, tan poéticamente construido, si es posible esplicarse así, desbarra a veces de una manera que causa hastío, que hace hasta olvidar su talento i obliga a que lo acusemos de la muerte que mas tarde sufrió la hermosa poesía de Castilla. Si las bellezas que hemos anotado son inmensas, por mas que parezca raro, los delirios i las extravagancias tambien lo son, haciendo con esto que se crean en un solo individuo dos seres enteramente diversos, uno destinado para enaltecer el idioma del sentimiento, i otro solo nacido para bastardearlo i envilecerlo.

El prurito de dislocar las frases, de embutirlas de relumbrones, de salpicarlas de palabras nuevas, de construcciones caprichosas i a todas luces viciosas i desordenadas, formó al fin un *galimatias*, un laberinto en el cual no se puede penetrar ni salir absolutamente sin tener el famoso hilo de Ariadna.

Donde dió remate a su manía, fué en sus *soledades*, en su *Polifemo*, composiciones que no deberíamos leer, lo primero para no amargarnos el paladar, i lo segundo para no imitar a los gramáticos i puristas en la odiosidad que le manifiestan, olvidándose que hai canciones i sonetos, fuera de sus letrillas i romances, que pueden dar motivo a igual número de elojios que aquellas de censura.

Si a las dotes maravillosas que este poeta habia recibido de la naturaleza, hubiese añadido una instruccion concienzuda i clásica, una lectura aunque no vasta acendrada, no hubiera sido temeridad querer depurar la poesía de los vicios que la afeaban i calificarse en consecuencia su restaurador. Mas como el talento, por vigoroso que sea, cuando no cuenta con el cimiento del estudio, no puede construir un edificio seguro i duradero, acontecióle no solamente perder su vigor en vanos esfuerzos, sino lograr con ellos un fin enteramente contrario al que tuvo en vista.

Pero todos estos descarríos o delirios, si se quiere, no habrian pasado de defectos, aunque marcables i reprobables, no por eso capaces de constituir una escuela, si una turba de ignorantes presumidos no se imaginasen que podian continuar por la misma vereda i atrapar así el renombre de poetas, que solo se da al que ha sido favorecido por la naturaleza mui particularmente i sabido aprovechar con el estudio de este beneficio. Góngora, pues, alentado por la pandilla de petulantes que lo

calificaba de *padre de los cultos*, de *ingenio sobrehumano* etc., etc., no oyó, o no quiso oír, la censura de los hombres de buen gusto, que sin envidia ni móvil rastrero de ninguna clase querian desviarle de tan estraviada senda.

Apesar de esto, Lope con sus consejos, con sus advertencias juiciosas i apacibles, Quevedo con sus burlas i chocarrerías, Jauregui i otros con sus amonestaciones i sentencias, no consiguieron otra cosa que exasperarlo, que irritar su manía i hacerle que, creyéndolos sus enemigos i denigradores, descargase contra ellos toda la mordacidad i acrimonia de su carácter suspicaz i atrevido.

Pero lo mas curioso es que Lope, Quevedo, etc., que se creian a su vez tambien restauradores del buen gusto, i que habian arrojado el guante a Góngora, cayesen a veces en desconciertos que dejaban atras a los del poeta censurado, i que prueban, pensando un poco, que el hombre no puede librarse, por muchos esfuerzos que haga, de la necesaria influencia que debe ejercer sobre él la atmósfera del siglo en que vive.

Lope que en sus poesías satíricas i en el *Laurel de Apolo*, culpaba al fin a Góngora con mas fuerza i acrimonia que lo habia hecho hasta entonces, decia, sin embargo, para pintar la picadura que la pulga habia hecho en el pecho de Leonor:

Picó atrevido *un atomo viviente*

El blanco pecho de Leonor hermosa:

Granate en perlas, arador en rosa,

Breve lunar del invisible diente.

A ella *dos puntas de márfil luciente*

Con súbita inquietud bañó quejosa,

I torciendo su vida bulliciosa

En un castigo de venganzas siente, etc., etc.

¿Puede llegar a mas el desacierto? No hai en este soneto, bellissimo apesar de todo, mas *culteranismo*, mas *alambicamento* i extravagancias que en muchos de los tan criticados de Góngora? ¿I Quevedo dónde lo dejamos? ¿Se puede leer una sola de sus musas, sin tropezar a cada rato con monstruosidades semejantes? ¿No están empedrados hasta sus mejores sonetos con ese cascajo que lastima la fantasía, que irrita el buen gusto, que choca i abruma hasta no poder mas?

Pero, por fin ¿en qué quedaron los esfuerzos de levantar a la poesía de la llaneza i rastrería intentados por Góngora, i de estirpar el vicio del culteranismo, tentado por Quevedo, etc.? ¿En qué fueron a parar estas tentativas de reforma i de depuracion literaria, pretendidas a una por ingenios tan sobresalientes? En nada, i propiamente en nada, pues la poesía fué cayendo rapidamente a consecuencia de los golpes asestados a su templo por sus mismos pretensiosos sacerdotes i defen-

sores; en un estado de abatimiento consuntivo, que vino al fin, cuando se desplomó, a quedar sepultada, despedazada i raquítica, bajo los mismos gloriosos escombros de las robustas columnas que la habian sostenido por mas de una larga centuria.

Pero en esto es preciso no mirar un acontecimiento aislado, un hecho literario particular i sin trabazon ninguna, por que si así se procede, desconoceremos completamente ese lazo indisoluble que existe entre la literatura de una nacion i el orden político i social que la sustenta.

La literatura que no es otra cosa que la expresion del estado social de un pueblo, debe seguir como la sombra al cuerpo todos sus movimientos, todas las faces en que se presenta, asumiendo necesariamente cada una de las formas de que la sociedad se reviste.

De otra manera no es posible comprender la civilizacion: ella es una cadena; rotos sus eslabones, es fuerza que los elementos de vida que cada uno de ellos simboliza i encierra, rueden por tierra. Querer exigir, pues, que la literatura rebose de vida, de lozanía, de pureza, cuando el orden social se interrumpe, a consecuencia de la corrupcion i envilecimiento de la sociedad, es un absurdo, tanto mas chocante cuanto es sabido que el hombre no puede representarse por medio de las letras i las artes, sino como es. De esta manera se explica i comprende, como bajo el reinado majestuoso i brillante de Carlos V, la literatura Española acabó de formarse depurando el idioma, enaltecendo la mente del hombre, con las ideas jenerosas de la gloria i del orgullo nacional, excusable aunque exagerado en los españoles de entónces, por la grandiosidad prodijiosa de sus triunfos.

La literatura, pues, en este período, especialmente la poesía, fué el espejo en que pudo verse el orden social: grandeza, brillo, ostentacion fastuosa, severidad, valentía, todo eso tenia la España, i todo eso tuvo tambien ella.

Bajo su sucesor las mismas cualidades brillan todavia, solo embozadas con el sombrío devotismo del monarca: las mismas deben aparecer tambien en las letras i las artes.

Garcilazo es la gloria militar tocando el harpa castellana, frai Luis de Leon es el catolicismo, uniendo los sonos melodiosos i celestes a los robustos ecos del clarin i de la trompa guerrera.

En tiempo de Felipe III, es decir, bajo la tutela del venal i supersticioso duque de Lerma, la literatura principió a cambiar de aspecto: su arrogancia i bizzarria disminuyen, se siente sobre la frente del poeta, aun en medio de sus amores i sus glorias, resbalar un pensamiento triste, se ve que sus labios no dicen todo lo que siente el alma, que el laud no resuena con el vigor que hubiese debido.

Subido Felipe IV al trono de su padre: las musas se creen festejadas por el monarca: el poeta se hace trovador, espadachin: Quevedo mata a cuchilladas al mal caballero que ultrajó a una dama: otros cantan al amor como majos i libertinos: la poesía, en fin, es el retrato de lo que era el palacio del asesino del conde de Villamediana. Se hacen versos, se escriben comedias llenas de *guapos* i hazañosos paladines: i el monarca i su corte representan a su turno las piezas hechas a escote entre los cortesanos, i achacadas en su servil abyeccion al monarca.

La España en medio de su trájica decadencia siempre brilla, i la literatura participa de la misma pérdida de su virilidad i de su gloria. Las musas a su vez rien de su abatimiento, i plajando al monarca hasta en la majestad con que supo morir asfixiado por no interrumpir las leyes de la etiqueta, hacen con Quevedo, Góngora, etc., esfuerzos sobrehumanos para sostenerse i espirar no mostrando en el semblante ni dolor, ni flaqueza.

El imbécil Carlos II, pone el sello a la decadencia política i social de la España: el demente i ridículo monarca sueña a todas horas con los brujos, créese endemoniado, júzgase poseido de un maléfico jenio: la literatura tiene igual suerte; Gracian debe ser el representante de la poesía: es el jenio tambien endemoniado que debe representarla i las ciencias, las artes, la gloria, la preponderancia social i política de la nacion, el jenio, en fin, doblan la frente delante de la supersticion i la imbecilidad; i una noche tenebrosa i aflictiva, se tiende sobre lo sagrado i grandioso de aquellos escombros. Contrayéndonos a la poesía, concluirémos este periodo, copiando estas desconsoladoras palabras, tenidas por exageradas por uno de los escritores franceses que mas han estudiado la literatura española. pero que con todo eso no se manifiesta en sus apreciaciones mas filósofo que lo es el distinguido autor de quien las tomamos.

«Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna, le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilazo: en las buenas composiciones de Herrera i de Rioja, se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jaureguí i Lope de Vega, aunque con alguna libertad i abandono, conserva todavia jentileza i hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones a que la obligan Góngora i Quevedo, se abandona despues a la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entónces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas i oropel grosero; i vieja i decrepita no hace mas que delirar puerilmente, secarse i perecer.»

Ya lo veis: el retrato de la poesía es perfecto: ¿no lo es también, preguntaremos mil veces, el que, con esto mismo, se hace de la civilización española? Léase la historia, estudiémosla, i vendremos a parar por fuerza en lo que hemos dicho; que la literatura debe seguir hasta el mas leve movimiento del estado social i político que representa, i por lo tanto manifestarse unas veces grandiosa i soberbia, i otras abatida i rastrera como ha sucedido en el último período del que se llama *siglo de oro*; el que, aunque concluya propiamente con el último monarca de la raza Austriaca, para el asunto que nos ocupa debe tener remate en la muerte del galante i libertino Felipe IV.

M. BLANCO CUARTIN,

Continuará.

Con motivo del canto publicado a la muerte del Ministro Portales, por doña M. M. del Solar, el Redactor del *Minero* de Coquimbo dirijió a esta señora los versos que copiamos para que se pueda apreciar la contestación dada por ella en el gracioso soneto que también damos a continuación de aquella.

A Madama M. Marin de Solar.

Aux pleurs de ta muse fidèle
Permetts, tendre Sapho, que j'unisse mes pleurs;
Ah! du tableau de nos douleurs
On ne pouvait donner une esquisse plus belle.
Qui connaît comme toi l'art d'émouvoir les cœurs?
De tes soupirs jaillissent les alarmes;
Tes magiques pinceaux en disant nos malheurs,
Nous font frémir et font couler nos larmes.
En vain du temps l'avidité
Prétendrait atteindre l'immortalité
De ces vers précieux que parent tant de charmes:
Ils passeront à la postérité.

H. B.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR

M. Hipólito Belmontt.

¿Es posible la débil armonía
De mis versos produce tierno llanto?
Sin duda este es milagro de algun santo
O ilusión de mi flaca fantasía.

Pero el hijo del Sena no diría
Tamaño falsedad en dulce canto,
Violando así el decoro sacrosanto,
De su númen con pérfida ironía:

Asi será; mui bien; pero yo advierto,
Que me quiere meter en honda empresa;
I aunque talvez a solas me divierto

En pobres consonancias, me atraviesa
El ver que en ellas logro poco acierto,
I este nombre de Safo mucho pesa.

MERCEDES MARIN DEL SOLAR.

La penitencia de Maria de Joisel.

I.

PREFACIO.

Esta historia es casi una leyenda del final del siglo décimo séptimo. Asombró a Paris, conmovió a la Francia entera. Se la contaba en tiempo de Luis XIV, cantábasela en las tabernas. La heroína fué una de las mujeres mas bellas de su tiempo: belleza encantadora i terrible que daba la vida i la muerte; cabellera ondeada i rebelde, ojos de paraiso i de infierno, perfil severo; pero boca entreabierta por la sonrisa de las vacantes, palidez de las altivas voluptuosidades, gracia ondulante de la serpiente. Esfinje cuyo secreto se ha guardado, máscaras que no se han descubierto despues del carnaval, criaturas inesplicables comenzadas por Dios, pero acabadas por Satanas, hijas de Eva que han saboreado demasiado tiempo el árbol de la ciencia.

El mejor libro para estudiar la filosofía, es un corazón que ha amado. Cuando las pasiones están en juego, cuando se ajitan violentamente en las tinieblas, desprenden copiosos raudales de luz. Las pasiones son corceles indomables que galopan tanto en el dia como en la noche, i que, llevados de su impetuosa carrera, hacen brotar de las piedras que muelen con sus cascos, chispas que alumbran el camino.

II.

EL SECRETO DEL CONFESOR.

En 1683 en el malecon de Tournelles, el viejo canónigo Le Blanc, aquel santo varon que estaba en amistad con Louvois i algunos otros personajes, vivia gozando la paz de este mundo con el reino de los cielos en perspectiva. Era tan querido en su feligresía i en su iglesia como lo podia ser el sacerdote amable i justo, que sin tener fortuna, lo poco que poseia era de todo el mundo, de su familia, de los pobres i de su vieja ama de llaves. No se le reprochaba otra cosa entre sus amigos que ser un poco lunático: la alegría, el fastidio, la tristeza, todo le venia en períodos fijos, por arranques, segun la lluvia o el buen tiempo. Sus horas de melancolía, pasábalas al lado de su chimenea ocupado en atizar el fuego, perdido en su purgatorio, como él mismo lo decia. En estos momentos era imposible que nadie pudiese arrancarle una sola palabra, un solo monosílabo. Pasaba así de esta suerte hasta ocho dias consecutivos; pero una mañana habiéndolo visto la jente,

contra su costumbre, de mui buen humor abriendo su ventana i su espíritu a los primeros rayos del sol, fué motivo de asombro i de conversacion por los paseantes.

El canónigo Le Blanc era de una familia de labradores de Leon. Una hermana le quedaba que habia sido casada con un médico de Leon llamado Thomé. Este médico era un hombre honrado que habiendo llegado a los ultimos dias de su existencia sin tener bien ninguno que dejar a sus hijos, i sin saber donde colocarlos, tomó el partido, a ruegos de su mujer, de recomendar su hijo segundo Henrique Thomé a la bondad del canónigo. Henrique habia partido en el coche que lo llevaba a Paris en compañía de un soldado de guardias, con una docena de escudos i las bendiciones de su familia.

Era un jóven de veinte i cuatro años, grande i cuya figura estaba iluminada por los mas bellos ojos azules.

Henrique llegó en una noche de diciembre a casa de su tio. El canónigo viendo en él el retrato de su hermana acojió al jóven con gran ternura, aunque se contuvo un poco en sus abrazos por no desagradar a su ama de llaves. Anjélica acojió a su huésped con mal humor i rezando entre dientes una lúgubre letanía. Como esa noche les sirvió una mala cena, concluyó por enternecerse; i se dignó escuchar a Henrique que le hablaba de tarde en tarde para complacer a su tio; llevó su amabilidad hasta desearle una buena noche, conduciéndolo a su pequeño cuarto que a la vez hacia de salon, de biblioteca del canónigo i de pieza de alojados.

Al cabo de ocho dias, se encontraba mui bien con Henrique: le habia contado su historia, la de su familia, todos los matrimonios que habia rehusado por el abate Le Blanc, i las noches que habia pasado en bordar sus estolas; en fin, le abrió su corazon como a un amigo. Le contó a Henrique que hacia algunos años que el canónigo tenia sus lunas blancas, sus lunas rojas i sus lunas negras. Segun ella, era necesario guardarse de hablarle sin motivo en sus horas lunáticas; pero Henrique inquieto de ver así a su tio, quiso saber su secreto, no tanto por curiosidad como por solicitud. Una noche pues, hácia las oraciones, el canónigo sentado delante de una ventana parecia dormirse con el dia: Henrique vino a sentarse cerca de él i le habló de la lluvia i del buen tiempo.

—No sé si sois como yo, tio, esclavo de las inconstancias de vuestro clima de Paris: la lluvia me hace fastidiarme hasta de los bellos libros, miéntras que el sol me alegra el corazon i los ojos: con el sol todo me rie, los árboles, las casas, el rio. En la iglesia, mi alma está mas cerca de Dios con el buen tiempo que con la tormenta.

El canónigo no contestó una palabra.

—Pienso, tio, que todos los hombres son la mismo: me parece que vos que vivis en el Señor, léjos de los disgustos i penas de este mundo no podeis defenderos de los efectos del mal tiempo.

El canónigo guardó siempre silencio.

—Veo que me engañaba, replicó Henrique alejándose: disculpadme si os he turbado en vuestras santas meditaciones; por profano que sea, comprendo esa expansion del alma en el seno de la Divinidad.

El jóven se habia detenido al decir esto contra la chimenea, donde se extinguian algunos tizones esparcidos. Un silencio profundo se siguió a estas palabras; pero pronto el canónigo creyendo quizá que habia salido se puso a pensar i decir en alta voz, como para consolar su corazon.

—¡Dios mio! dadme fuerza para salvarlas: Ah! señor, vos habeis tenido misericordia de Magdalena! i Magdalena tenia quizá ménos lágrimas i ménos belleza!

Henrique salió de la pieza sin hacerse sentir; pero aun no habia llegado a la puerta cuando la vieja ama de llaves entrando de repente le impidió el pasar.

—Señor canónigo, dijo a su amo, cenaremos temprano?—Me ois? repitió. Decidme, iréis hoy a la prision?

—No, no, no iré respondió el canónigo como hablando consigo mismo. No iré mas, no quiero volver mas allí.

I al decir esto tomó su paraguas i partió.

—Ved que orijinalidad! i va apesar de la lluvia. Se ha visto jamas un canónigo como este? ¿no es verdad que podia esperar hasta mañana? Ajitarse tanto por mujeres de esa especie, libertinas o criminales! ¿Acaso esas mujeres necesitan de la cruz i agua bendita para irse al infierno?

Henrique se habia quedado pensativo. Seguia a su tio con la imaginacion: lo veia correr a santa Pelajia, entrar en una de las celdas, consolar por la caridad cristiana a alguna bella arrepentida, que como Magdalena no tenia mas que sus cabellos i sus lágrimas.

—Yo iré tambien a santa Pelajia, dijo de repente, como arrastrado por un presentimiento.

III.

LA BELLA CULPABLE.

Hasta entónces Henrique no habia amado. Durante el curso de sus estudios en Montpellier, la verdadera pasion no habia tenido cabida en su alma. Es preciso no engañarse: el amor en esa edad es solo una fantasía; no tiene ni fuerza, ni religion en la aurora de la juventud.

A la vuelta del canónigo, Henrique le preguntó

si venia contento, i si las ovejas descarriadas volvian a tomar el buen camino.

—Las pobres prisioneras, dijo el abate Le Blanc, con un poco de emocion, están mui conmovidas a la voz del evangelio: se arrepienten de buena fé. Pero hai una, sin embargo, mas rebelde, una que habla de la salvacion con indiferencia. Gracias a mí, Dios concluirá por descender hasta su corazon.

Despues de un silencio prosiguió como hablando consigo mismo.

—Ah! si pudiese salvar a ese ángel rebelde!

—Tio, le dijo Henrique, no hai enfermas en Santa Pelajia?

—Siempre: esta prision es casi una tumba; ahí se aprende a morir.

—I bien, tio, puesto que sois el médico de las almas ¿por qué no podria ser yo el de los cuerpos? Teneis amistad con el señor de Louvois, con el señor arzobispo, con otros personajes ilustres. Ya que sois un hombre tan poderoso ¿no podriais hacerme nombrar médico de la prision con unas seiscientas libras por año? Seria para mí un estudio i un deber. Pensad en ello.

—Seiscientas libras! murmuró el canónigo. Tienes razon: un estudio i un deber. Seiscientas libras! en verdad pensaré en ello.

Pronto volvió a sus sombríos pensamientos.

A la mañana siguiente, Henrique creia olvidada su solicitud, cuando su tio le dijo que habia hablado a monseñor el canciller, i que gracias a su grande i benéfica proteccion, su sobrino Carlos Henrique Thomé se hallaba inscrito como médico de la prision de santa Pelajia.

Henrique, despues de sus visitas en compañía de su tio del médico en jefe i de la superiora de la casa, pidió que lo introdujeran donde se hallaban las penitentes enfermas; pero no encontró ese dia sino indignas criaturas debilitadas por el crimen i las malas pasiones, no teniendo nada que las hiciese recomendables, ni belleza, ni valor.

—Sin duda, decia, mi tio, se ha alucinado. He visto casi a todas las prisioneras, i no hai una que pueda recordar a Magdalena pecadora o arrepentida.

Pero algunos dias despues, cuando pasaba por un corredor con el carcelero, una religiosa del convento, la hermana Marta, vino a rogarle visitara a una pobre prisionera, a quien el director de la prision queria obligar al trabajo de las condenadas.

—Si esa trabajase siempre, querria estar preso, dijo el carcelero. Se deberian dejar en paz manos tan blancas.

Por el aire con que el carcelero decia estas palabras, se podia adivinar que esas manos tan

blancas habian tocado las suyas por medio de algunas monedas. Henrique Thomé siguió en silencio a la religiosa. Lo condujo a una pequeña celda al pié de una escalera: tomó una llave que pendia de su cintura, dió tres golpecitos a la puerta, abrió e hizo pasar al jóven médico delante de ella.

(Continuará.)

Don Juan Trincado.

Yo recuerdo que en mi infancia
Conocí a un don Juan Trincado,
Que aunque nunca vió la Francia
Hombre fué mui ilustrado;
I tanto que repetia
La Instituta de memoria,
I de su patria sabia
Mucha historia.

Con la edad i la pobreza
Vino al cabo a ser maníaco:
Se le puso en la cabeza
Que tenia un mal reumático;
I como tal que se hallaba
Espuesto a una pulmonia,
Que de cierto lo enterraba
Cualquier dia.

Para poner un atajo
A esta soñada dolencia
Estudio de arriba abajo
De la farmacia la ciencia;
I aprendió en el campo vasto
De confusos formularios,
Que uno muere sin emplastos
I electuarios;

Sin tomar ipecacuana
I alguna vez estriictina,
I soplar en la mañana
Algun bolo de quinica;
De modo que vino el dia
De enflaquecer de tal suerte,
Que la estampa parecia
De la muerte.

Con este horrible sistema
Que lo llevara al sarcófago,
Consiguió que una apostema
Le saliera en el esófago;
Hasta que, por fin, sintiendo
Llegada su hora postrera,
Dijo: ya voi conociendo
Mi tontera.

Murió, al cabo, el pobre hombre
Por curarse estando sano,
I dejando el triste nombre
De ridículo e insano.
Así pues cuando imajino
Que en cualquier mal ordinario,

Sin guardar el menor tino,

Un mandatario

Toma tantas precauciones

I medidas tan terribles

I hace mil persecuciones

Inauditas e increíbles,

(Como se ve comunmente

En la América Española,

Donde duerme nuestra jente

A la bartola)

Creyéndose el tal caído,

Cuando el pueblo no pudiera

Ni dar un solo rujido,

Ni armar la menor quimera;

Yo le diria: «su suerte

(Aunque estuviese enfadado)

Va a ser al cabo la muerte.

Del Trincado.»

M. BLANCO GUARTIN.

Lo que pa s entre nosotros.

CUADRO DE COSTUMBRES.

A mi amigo José Miguel Gonzalez.

I.

Era una noche de lluvia; las once mas o méuos.

La Serena aparecia tristemente envuelta en un manto de negrísimos nubarrones, de cada uno de los cuales se desprendian torrentes de agua, que cayendo en menudas gotas formaban un ruido sordo i misterioso.

Las calles estaban pantanosas, i corria por el centro un rio de agua.

Nada mas melancólico que esa noche en que tenia lugar una escena de aquellas muy comunes entre nosotros, pero que pasan desapercibidas como muchas otras, que debieran estudiarse para conocer mejor el corazon humano.

En un aposento situado en la estremidad oriental de la calle de Colon, habitado por una pobre familia, tenia lugar esta escena.

Allí se velaba a un cadáver.

Era el jefe de la familia que ese mismo dia habia dejado de existir, víctima del duro trabajo a que se habia contraído para dar un pan caro i amargo a su mujer i sus cuatro hijos.

Ese aposento que hacia las veces de alcoba de dormir para todos i de cocina a la vez, desempeñaba entónces el destino de un depósito.

Toda la familia, bien a pesar suyo, habia sido testigo de los grandes padecimientos de su enfermedad, de su agonía, i por fin del postrer agasajo que se hace a un cadáver ántes de cubrirlo para siempre con un puñado de tierra.

Todo en el aposento revelaba suma miseria, porque los pocos muebles que allí habia fueron vendidos para sufragar los gastos de curacion i alimento de la familia.

I el jefe de élla habia muerto el dia en que se vendió lo último vendible que le restaba: dos malas estampas de santos que existian a la cabecera del lecho del enfermo.

Una sábana de jénero ordinario de problemática

blancura, cubria el cadáver, pero no impedía que se distinguieran los contornos del cuerpo: la nariz, ondulaciones de la cabeza, las manos cruzadas sobre el pecho i los pies.

Una jóven de trece años, de hermosos ojos i macilentas facciones, contemplaba aquel cuerpo inanimado, cuerpo querido, que tantas veces la habia tenido sobre sus rodillas, prodigándole caricias que solo un padre sabe prodigar.

De cuando en cuando dos brillantes lágrimas se desprendian de sus ojos i corrian lentamente por sus pálidas mejillas. La pobre criatura comprendia demasiado bien toda la estension del infortunio que la horfandad la traía, i ante el cuadro de dolorosa realidad que ofrece la vista de un cadáver se anonadaba su débil intelijencia. La invadia el estupor del sufrimiento.

Las cuatro velas de sebo colocadas en los cuatro ángulos del catre dejaban percibir en un rincón a dos niños, de cinco años el uno i de seis el otro, acostados entre una multitud de harapos que apenas les prestaban el suficiente abrigo para esa cruda noche.

Cerca de ellos sentada en el suelo estaba la madre, con la frente apoyada en las manos.

No lloraba ya; solo de vez en cuando dejaba escapar un suspiro.

En ese momento se sintió en la calle un ruido semejante al producido por una persona que camina con precipitacion por un charco.

I al momento se abrió la puerta del aposento.

La ráfaga de viento que entró por ella, apagó dos velas.

Dos jóvenes perfectamente bien vestidos aparecieron repentinamente.

Momentos ántes de llegar estos personajes, habia dicho la madre, con un tono de voz que revelaba que era la única esperanza que tenia, a su hijo menor que le pedia pan.

—Un momento mas; pronto llegará Custodio!... Retrocedamos.

II.

Custodio era el hijo mayor de la pobre familia que habia quedado en la horfandad, i contaba apenas quince años.

En ese momento que la madre pronunciaba las palabras: *pronto llegará Custodio*, el muchacho corria por las calles sin hacer caso de la lluvia que caía a torrentes.

Caminaba de prisa i cabizbajo, pensando en que pronto iba a ser el ángel de esperanza o de desaliento para su madre.

I despues de haber cruzado algunas calles se detuvo ante la puerta de una casa de mediana apariencia.

Bien se le alcanzaba al muchacho que la hora era inoportuna; pero hai circunstancias en la vida por las cuales no se debe retroceder ante nada.

Custodio no se atrevia a tocar la aldaba de la puerta; temblando de frio, vacilaba entre el temor i la esperanza.

En un momento mas iba a decidirse una cuestion de vital importancia para él, para su madre i para sus hermanos.

Custodio con un valor i resolucion superior a un niño de su edad, tomó el aldabon i dió dos golpes que resonaron lúgubrememente en el interior de la casa.

I con las lágrimas en los ojos, sin tener un lugar que lo guareciese de la lluvia i del viento, esperó inútilmente por el espacio de un cuarto de hora que alguna persona abriera la puerta.

El desaliento habia penetrado en el corazón del pobre niño; pero tenia fé i esperanza como se suele tener en esa edad.

Tenia fé i esperanza, decimos, i por eso es que volvió a tomar al aldabon, i tornó a dar otros dos golpes mas recios que los primeros.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque su oído atento percibió ruidos de pisadas i poco despues una voz que decia desde adentro:

—Quién es?

—Yo señor. Una persona que quiere hablar con el patron, respondió Custodio.

—El patron está ocupado i no se le puede ver.

Esta respuesta heló la sangre de Custodio, i sin embargo no se desarmó.

—Tengo que dar un aviso importante a don Juan.

Cuando el criado oyó estas palabras conoció que su interlocutor era un muchacho, i tuvo intencion de abrir la puerta, pero se contentó con responder:

—Si necesitas hablar al patron, ahora es imposible, puedes volver mañana.

—Cree Ud. que si no fuera interesante lo que tengo que decirle, hubiera venido con esta lluvia?

El criado vaciló a semejante observacion, el muchacho lo conoció i añadió:

—Si Ud. no me abre ahora, el patron, estoi seguro, lo despedirá mañana. Haga Ud. lo que quiera.

El criado vacilante aun preguntó:

—Cómo te llamas?

—Custodio García; soi hijo del maestro García que trabajaba al patron de Ud.

—El que ha muerto hoi dia?

—Sí, respondió ahogando un sollozo el pobre niño.

—Probablemente su padre habrá dejado algun encargo para al patron.

Custodio se aprovechó de la idea del criado.

—Ciertamente, dijo, es un secreto.

La voz triste del muchacho conmovió al sirviente, i le abrió la puerta.

—Espérate aquí en el saguan i te librarás de la lluvia; miéntras voi a avisar al patron.

I echó a andar hácia el interior de la casa. Custodio lo siguió sin ser apercebido.

El doméstico despues de haber atravesado un patio entró a un aposento dejando la puerta entornada.

Custodio se detuvo en el umbral, i observó el aposento.

En todo él no habia mas muebles que un antiguo escritorio cubierto de libros de comercio i legajos de papeles; una silla alta sin respaldo en la cual estaba sentado el patron, que bien podia haberse tomado por un tercer mueble, segun era la inmovilidad con que estaba observando unas inmensas columnas de guarismos. Don Juan podria tener de cincuenta a cincuenta i cinco años, i apesar de que estaba alumbrado por una lámpara con pantalla, tenia montado sobre sus narices un par de anteojos verdes con marcos de oro.

Al ruido que formó la puerta abierta por el

criado, don Juan se volvió vivamente hácia éste, i le dijo con voz áspera:

—Qué hai?

—Señor, respondió el criado, un muchacho....

—I qué muchacho es ese? volvió a preguntar mas agriamente don Juan.

El sirviente abria la boca para responder, cuando Custodio, con gran admiracion de su introduccion, avanzó dos pasos i se encontró frente a frente de la persona a quien buscaba.

—Yo soi, señor don Juan, murmuró.

—I quién es este galopin? preguntó el patron a su doméstico.

—Yo no soi galopin, señor, soi un niño honrado.

—I qué me quieres?

—Señor.....

Era evidente que el muchacho no hallaba por donde principiar.

El doméstico comprendiendo que estaba de mas, se retiró i se colocó al lado de afuera, a atisbar lo que podia acontecer.

—Dí pronto qué me quieres! volvió a hablar don Juan.

—Señor, dijo Custodio, yo soi hijo de Lorenzo García, un fiel trabajador de Vd.....

—I qué me importa a mí eso?

—Ah! señor, es que mi padre acaba de morir i.....

—I bien?

—I mi pobre madre, cargada de familia, ha quedado en la mayor miseria.

—I qué quieres que yo haga?

—Señor, yo.....

—Vienes acaso a que te dé limosna? Bonitos estamos para ello!

—No, señor, solo vengo a suplicar a Vd. que me dé alguna ocupacion.

—Tengo demasiados oficiales.

Custodio lanzó un jemido.

—I qué sabes hacer tú? preguntó don Juan sin mudar de tono.

—Lo que Vd. me mande, señor. Me siento con fuerzas para todo, porque soi el único que puedo ganar un pan para mi madre i mis hermanos. Mi padre, señor, le ha servido a Vd. por espacio de muchos años, i hoi ha muerto dejandonos en la miseria. No tenemos, señor, ni aun como pagar los derechos de sepultura.

I Custodio sin poderlo evitar, se echó a llorar.

—Qué diablos! dijo don Juan, nunca me ha de faltar quien me venga a interrumpir. Limosnal....

—Creo que Vd. no me ha entendido bien, yo no le pido a Vd. una limosna, sino tan solo que me dé una ocupacion cualquiera. Ah! señor, si Vd. supiera que cuanto poseíamos ha sido vendido para sufragar los gastos ocasionados por la larga enfermedad de mi padre, i que no tenemos un pedazo de pan.....

Miéntras hablaba Custodio, don Juan habia tornado a ocuparse de sus columnas de guarismos.

El pobre niño guardaba silencio esperando respuesta a sus palabras que don Juan tal vez no habia escuchado.

Transcurrió un largo momento al fin del cual don Juan volvió la cabeza para tomar un legajo de papeles, i reparó en Custodio, que con su gorrita en la mano i calado de agua, esperaba de pié en medio del aposento, una palabra del antiguo

patron de su padre. Una sola palabra que podia realizar su ambicion.

—Te he dicho ya que no tengo trabajo que darte. Ademas estoi demasiado ocupado para pensar en tí.

A semejante respuesta, que jamas habia creido oír, se sintió Custodio acometido de vértigo. Vió dar vuelta al rededor de sí, con una rapidez extraordinaria, al viejo escritorio, al desmantelado aposento i a don Juan sentado en su silla con el legajo de papeles en la mano.

No pudo pronunciar una palabra por los sollozos que le ahogaban, i salió del aposento andando maquinalmente. Al llegar al patio creyó desfallecer i sintió una mano que le tomaba por el brazo.

Era el sirviente que habia oido todo i mas compasivo que su patron trataba de consolar a Custodio.

—Pobre niño! le dijo, siento que hayas venido en tan mala ocasion, yo fui mui amigo de tu padre.

El jóven dió un suspiro.

—Ha muerto hoi, murmuró.

—Ya lo sé. Mañana iré a ver a tu madre.

—Gracias, pronunció Custodio i abrazó enternecido al criado, como si de él hubiera obtenido lo que habia venido a implorar de su patron.

Cuando hubieron llegado a la puerta de la calle, el criado le renovó la promesa de visitar el dia siguiente a su madre.

El jóven le dió las gracias por segunda vez, i echó a andar por las calles cubiertas de agua i de fango.

III.

Por su corta edad el pobre niño no comprendia todavia, el peso de su presente situacion.

Creia que solamente le eran necesarios unas pocas monedas para sepultar a su padre i para dar un pan a su madre i hermanos que no probaban alimento mas de seis horas.

No columbraba el porvenir.

—Nada he conseguido, se decia, i sin embargo lo que pedia me parece justo. Pero yo he tenido la culpa, he venido en una hora importuna.....si volviera mañana a suplicarle.....quizá.....si, volveré mañana, mis hermanitos con el sueño olvidarán el hambre.....en cuanto a mi madre i yo.....ya es otra cosa, tendremos valor, i no dormiremos esta noche, porque es preciso velar a mi padre.....Ademas, Dios no falta i vela por los pobres, dice mi madre, preciso es que sea verdad.....Quién sabe si ántes de llegar encuentro algun caballero i me dé una limosna.....sí, la pediré al primero que encuentre.

I llenode alegría, con esa alegría pueril, que torna en contento el corazon oprimido, echó a andar con mas lijereza.

Por algunas ventanas se sentia el piano o la guitarra i la estrepitosa alegría de los que bailaban celebrando el primer aguacero del año 184....

Custodio dirijia una rápida ojeada a esas ventanas, i allá en lo íntimo de su corazon ambicionaba, como el supremo bien, los blandos tripes, las cómodas sillas i los mullidos lechos.

El muchacho comparaba el ajuar de su casa con la que veia, i todo le parecia encantador como sueños de hadas.

—Mui felices deben ser éstas jentes, se decia,

mas si Dios vela por todos, como dice mi madre, porqué no nos da todo esto para tener bailes? Pero es preciso trabajar tambien me ha dicho.....I nosotros qué tenemos? I mi padre no ha muerto abrumado por el trabajo? Probablemente yo trabajaré lo mismo i seré siempre pobre.....siempre pobre i moriré en la miseria.....preciso es que haya en todo esto un misterio que yo no comprendo.....

Así iba reflexionando el pobre muchacho, cuando percibió a dos jóvenes que salian beodos de una casa donde igualmente se bailaba.

Estaba a corta distancia del cuarto que ocupaba su madre.

—Estos caballeros me darán alguna limosna, se dijo, i se encaminó hácia ellos.

Pronto estuvo cerca, se sacó su gorra humildemente.

—Caballeros, mi madre no tiene pan, yo no he probado alimento aun i espero de Vdes. que me darán una limosna.

Los jóvenes se detuvieron, apoyándose uno en otro.

—Buen pillo debes ser tú! Para qué quieres comer goloso? Anda, véte adormir!

—Ah! señores, es que Vdes. no saben que mi padre ha muerto hoi, i que mi madre i mi hermana no han comido.

—Cómo! tienes hermana?

—Sí, señor.

—I de qué edad, veamos?

—Una de cinco años.....

—Pif!.....

—Otra de trece.

—Hola! con que de trece, hé? magnífico! Llévanos a tu casa, queremos divertirnos mas.

Al oír semejantes palabras las mejillas de Custodio, lívidas por el frio i la lluvia, se pusieron encendidas.

—Ah! señor no puedo creer lo que dicen. Divertirse ante el cadáver de mi padre! oh! jamas lo consentiré!

—I qué tiene eso de particular? Ea! llévanos a tu casa; *un cadáver mas que importa al mundo*, ha dicho un poeta.

—Tiene Vd. razon, qué importa a Vd. o al mundo!.....

Pronunció estas palabras Custodio con la amargura de la desesperacion.

—En fin, muchacho, nos llevas a tu casa, sí o no?

—Caballeros Vdes. se arrepentirian.....

—I por qué?

—Porque sé que Vdes. no están acostumbrados a ver la miseria de los pobres.....i yo no sé si deba o.....pero ya que se empeñan.....camineemos, no estamos léjos.

—Me gusta este muchacho, dijo el segundo que no habia hablado hasta entónces, i si su hermana merece la pena.

Difícil seria pintar el trastorno que sufrió Custodio al oír semejantes palabras, inclinó la cabeza i dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Caballeros, replicó, jamas mi hermana se venderá!

—El muchacho es orgulloso, dijo el primero al segundo.

—Orgulloso! No; no es orgullo impedir la deshonra de una hermana.

—Entonces crees que te daremos dinero, así a humo de paja? Si nos prometes.....

—Miserables! gritó Custodio, mi hermana jamás sera víctima de Vdes.! i abalanzándose sobre el jóven, de un empujon, le arrojó a tierra; pero el segundo le cojió por el brazo, sin darle tiempo para huir, i principió a gritar desafortadamente al sereno.

El que habia caido se levantó pronto i tomando por el cuello a Custodio, le dijo:

—Ah! bribon, no te escaparás, tú eres un tuno! en seguida dirijiéndose a su compañero, añadió; quién diablo sabe a qué trampa nos iba a meter este tuno!

Custodio forcejaba por desasirse, pero era imposible.

—Caballeros, les dijo, ténganme Vdes. compasion: les juro a Vdes. que no he tenido la menor intencion de ofenderlos, no soi un pícaro como creis, soi honrado i solo en mí tiene esperanza mi pobre familia. Ah! señores, desengañense Vdes., vivo allí, en ese cuarto por cuyas rendijas se divisan las luces que alumbran el cadáver de mi padre.....

—Ahora vienes con súplicas, tunante? no tengas cuidado que te soltarémos; somos gallos viejos i sabemos las tretas que Vdes. usan. Sereno! sereno! sereno!

Custodio perdió toda esperanza i se resignó.

El sereno llegó un momento despues.

—Aquí tenemos una buena presa, dijo el primero de los jóvenes: este tunante nos queria robar.

Custodio anegado en lágrimas, murmuró apenas:

—Eso no es verdad!

—I tratas de negarlo?.....Eal sereno, condúcelo a la cárcel.

El sereno lo tomó por un brazo i le dijo:

—Camina buena pieza!

El pobre niño echó a andar, anonado como si el cielo se hubiese desgajado sobre su cabeza.

IV.

La lluvia habia cesado, i los dos jóvenes indecisos se detuvieron en el mismo lugar de la riña.

—Oye, Pepe, dijo uno, quieres que vamos a ver a la hermana de ese muchacho?

—Hombre, es tarde, podemos volver otro dia.

—Si lo dejamos para otra vez no volvemos, estoi seguro.

Ademas que entre estos miserables, suele encontrarse muchachitas con caras de ánjel. Es preciso que vayamos.

—Como quieras.

I caminaron.

A la luz de un farol en agonía, vió Pepe a su compañero cubierto de lodo.

—Estas todo mojado, ese tunante te ha revolcado en el lodazal.

—Es verdad. ¿Pero no dijo que vivia en un cuarto por aquí?.....

—Sí, probablemente es aquel; se vé la luz por las rendijas.

—¡Qué diablos! estamos cerca, i no es de perder la oportunidad.

Cuando hubieron llegado, ambos sacaron un aromático cigarro puro, empujaron la puerta i entraron.

Ya hemos dicho que se habian apagado dos velas de las cuatro que ardian.

La mujer se sorprendió, i los dos niños pequeños principiaron a llorar asustados.

Los jóvenes retrocedieron un paso.

—Era verdad lo que decia ese muchacho, murmuró Pepe.

El compañero se hizo atras i se apoyó contra la puerta.

—Señores, dijo la mujer, a quién vienen a buscar en este pobre aposento?

Pepe algo respuesto de la sorpresa, respondió:

—Veniamos, patrona, a prender nuestros cigarrros, i nos hemos encontrado con un muerto.

La mujer bajó la frente, i enjugó sus lágrimas.

—Es mi papá, gritó la muchachita con infantil alegría que contrastaba con el contenido dolor de su madre.

—Con que es tu padre, no? dijo Pepe tambaleando e indicando con el cigarro el cadáver.

—Sí, señor, i hoi ha muerto, replicó siempre sonriendo la infeliz criatura.

—¿Cómo te llamas?

—Manuelita, señor.

—Tienes hermosos ojos, chiquilla, respondió Pepe.

—Así me decia mi papá, i me besaba los párpados i los cabellos, ¿no es verdad mamá?

La mujer estrechó convulsivamente entre sus brazos a su hija: no respondió una palabra.

—Patrona, dijo Pepe, ¿no tiene algun fósforo para encender mi cigarro?

—Ah! no señor.

—Entonces vamos con la música a otra parte; que yo no enciendo en las velas de los muertos. Vamos Andres.

Pero Andres no respondió.

Hubiérase dicho que era una estatua.

Pepe salió sin apercibirse de su compañero.

—Señora, dijo Andres avanzando, dispéñse Vd. a mi amigo, si en algo la ha ofendido; no es culpa de él, yo sé que tiene un corazon de oro.

—Ah! señor, respondió la mujer, estamos ya tan acostumbrados a estas cosas, que.....Hija mia, añadió..... somos mui desgraciados!

—I Custodio no llega, dijo la jóven, ¿no decias que llegaría pronto?

—Pronto llegará, hija, Quiera Dios que nada le haya sucedido!

Andres se inmutó.

Sacó de la faltriquera un portamoneda, se acercó a la cama, encendió un cigarro, i depositó el dinero.

En seguida salió sin decir una palabra.

Un momento despues, la mujer se asomó a la puerta i volvió al lado de sus dos hijos menores que lloraban aun de hambre i de frio.

Manuelita se levantó a despabilar las velas, i reparó en el portamoneda.

—Mamá, gritó, qué es lo que hai aquí?

—¿Qué, hija mia?

—Mira.... i la muchacha mostraba dicho portamoneda con el placer con que hubiera mostrado un juguete.

—Dáme aca eso.

La muchacha alargó el objeto que se le pedia.

La mujer la abrió, i vió oro dentro.

Un instante quedó estupefacta como si la cartera

hubiera ejercido un poder magnético en ella; en seguida murmuró:

—¡Dios eterno, tu misericordia es infinita!

Abrazó a sus tiernos hijos i lloró junto con ellos.

V.

Un cuarto de hora mas o ménos habia transcurrido, cuando se presentó Custodio cerrando prolijamente la puerta, i atracándola.

Estaba completamente mojado, i de las rodillas para abajo cubierto de lodo.

Se sentó en una silla vieja con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada i sin pronunciar una palabra.

—Con cuanto cuidado me has tenido, Custodio, le dijo la madre.

El muchacho levantó la cabeza i mostró su rostro palido i sus ojos llorosos.

—Qué tienes, hijo mio, le dijo la buena mujer i quizo abrazarlo.

Custodio la rechazó suavemente.

—No me toque Vd. le respondió, se mojaría i podría hacerle mal.

—Tienes razon, estas mojado..... i como no tienes otro traje que ese, acuéstate.....

Nunca! madre. Esta noche acompañaré por la última vez a mi padre, i no dormiré..... ademas..... pero nó.....

—Qué tienes, Custodio, estás ajitado.....

—Nada madre, son cosas que habia previsto.....

—¿Pero qué?.....

—Lo que me ha sucedido.

—Cuéntame, hijo mio.....

—Nó, madre mia.

—¿I por qué?.....

—Porque..... otro dia, ahora nó. Seria causarle a Vd. un sentimiento, i Vd. sufre tanto!.....

—Ah! hijo mio, pronto pasará la tempestad i con ella nuestros sufrimientos. No olvides Custodio que Dios vela por nosotros!

Al oír estas palabras, el muchacho se movió del asiento con brusco ademan, i se encaminó hácia el cadáver de su padre, dejando un charco de agua en el lugar donde primero habia estado. Su madre siguió con la vista todos sus pasos.

Se arrodilló ante el cadáver i por el movimiento de los labios podía creerse que rezaba. En seguida se levantó i exclamó:

—Padre! vela por mí desde la mansion de Dios, donde estarás seguramentel

I besó con toda veneracion i respeto una estremidad del lienzo que cubria el cuerpo.

—Madre! dijo despues con voz firme, volviéndose a la buena mujer, acabo de despedirme de mi padre, i él velará por mis acciones i las de Vd. como ahora velamos su cadáver. Estoy seguro de lo que digo, porque ahora me siento con valor para soportarlo todo. ¿I mis hermanos? preguntó en seguida.

—Ya lo ves duermen, respondió la madre, mostrándolos hacinados entre los harapos.....

Custodio los miró, i sus ojos se inundaron de lagrimas.

—¡El sueño les hará olvidar el hambre! murmuró. Ah! pero mañana.....

—Mañana no faltará Dios.

—Ah! madre, es que no he podido conseguir

nada! articuló Custodio con voz desgarradora, no hai esperanzas!.....

—Hijo mio, dijo la madre con voz trémula poniéndole el portamoneda entre las manos, mira! mira!

—Custodio quedó fascinado por el brillo del oro. Era la primera vez que veía tanto dinero junto.

Un pensamiento terrible cruzó por su mente.

—¿I este oro? preguntó con voz ahogada i con la frente cubierta de sudor, i este oro, madre?

—Dios vela por nosotros, hijo mio, no olvides esto.

—Os creo, madre mia!

—Cree i espera en Dios.

—Oh! sí, con toda mi alma.

En esto se oyó el pito de un sereno.

Custodio se sobresaltó.

—Madre, si alguien pregunta por mí, diga Vd. que no he llegado. Yo me ocultaré bajo el catre.

—¿Por qué, hijo mio? preguntó alarmada la infeliz mujer.

—Porque..... luego le contaré todo. ¿No siente pasos?.....

El muchacho se ocultó, dejando a la mujer en una ansiedad mortal.

El sereno pasó i amonestó para que tuvieran cuidado con los candiles por temor de un incendio.

Custodio salió de su escondite.

—No me conoció, dijo, pero podia haberme conocido.

—Pero ¿qué sucede?

—No se asuste Vd. se lo contaré todo.

—Quítate ese saco que está empapado i arrópatelo con esta frazada.

Custodio obedeció i despues de haber improvisado una capa con la frazada, se sentó cerca de su madre.

—Escuche Vd. le dijo.

—Cuéntame todo, hijo mio.

MANUEL CONCHA.

Concluirá.

A LA CÉLEBRE I AMABLE POETISA

Sra. Da. Mercedes Marin del Solar.

¿No has visto nunca unir en la alborada

A la voz del jilguero suave i pia

El ronco son de la cascada hirviente

Que atruena el manso valle i la colina?

¿No has mirado mil veces a la rosa

Entrelazada con punzante espina,

I a la humilde violeta reclinada

Sobre la zarza que su frente humilla?

¿No has visto por el suelo pisoteado

El boton del azahar, miéntras erguida

La ponzoñosa flor luce su tallo

Su falso aroma i su beldad mezquina?

¿No ves a la paloma cariñosa

Volar de techo en techo estremecida

Al ruido del fusil, hendir el viento

I querer penetrar la nubecilla

Para escapar del cazador airado

Que quiere hasta en el cielo perseguirla?

¿No lo ves i no miras entretanto
 Al águila i al buitre su rapiña
 Proseguir sin que nadie los perturbe
 En su afanar i destruccion impía?
 Sí, la beldad, lo bueno, lo mas santo
 Padecen esa suerte en esta vida,
 Al paso que se elevan jactanciosas
 El crimen, la traición, la alevosía.
 ¿Qué es esto pues? ¿Es solo desconcierto
 Lo que miramos, o insondable abismo,
 Que está diciendo que en la tierra todo
 Equivocado en su estacion se mira;
 I que es forzoso el padecer i el llanto,
 La vergüenza, el oprobio, la ignominia
 Para gozar despues de una ventura
 De este universo con razon indigna?
 Así pensando, mi alma por la pena
 Que produjera en mi tanta injusticia,
 Negóse a la ternura, al sentimiento,
 A la dulce ilusion que nos convida
 Mañana con transportes inefables
 En premio del dolor que martiriza.
 De todo renegué, todo lo bueno
 Parecióme tan solo una mentira,
 Ilusion la virtud, mezquino engaño
 El jeneroso bien, hipocresía.
 Hasta en la flor del campo perfumada
 I hasta en la estrella que en el cielo brilla,
 Ni hallé perfume ni encontré grandeza
 Sino el *acaso* i clavadora espina.
 Si pensaba en los pueblos, condenados
 Los hallaba por siempre a la cuchilla,
 Mercedores de su dura pena,
 I acataba la mano envilecida
 De los tiranos que su sangre vierten
 I su riqueza i su poder esquilman.
 César fué para mi, nombre sagrado;
 Napoleon, la figura peragrina
 Que la fuerza brutal, el despotismo,
 Lo mas grande del hombre simboliza.
 El segundo Felipe de la España,
 Columna colosal, solo erijida
 Para espantar al español soberbio
 En medio de su orgullo i alegría.
 Los Borbones de Francia, jenerosos
 Paladines de amor: i Catalina
 De Rusia la mas bella soberana
 Que vió jamás la envilecida Scitia.
 La Montespan, la Pompadour matronas,
 De cetro eterno para siempre dignas,
 I Bossuet i Finelon, Newton, Descartes
 De ilusos solamente una pandilla,
 Destinada a turbar con sus talentos
 Del mundo voluptuoso la alegría.
 De todo yo dudé: negué terrible,

I despues de negar mi alma aflijida
 Concluyó por saber que este universo
 Solo a su voluntad obedecia,
 I que hombres i naciones de la nada
 Nacieron i a la nada se volvian
 Por un juguete horrible del destino
 Impuesto a nuestra raza maldecida.
 En este caos, por supuesto, mi alma
 Sin esperanza, sin valor ni guía,
 Hundióse en el abismo cenagoso
 De la pasion que su vigor marchita;
 I sin Dios i sin lei, sin freno alguno
 Mi mundo fué el placer, mi Dios la orjía.
 ¡Oh recuerdo fatal! ¡Cómo mi mente
 Solo al pensarlo con razon se humilla!
 Oh! qué dias amargos! ¡qué tortura
 Sufrió mi corazon en esa via!
 Pero al fin una voz sonó en mi alma,
 Una voz inefable: era argentina
 Aquella voz que resonó tan dulce
 I sacudió mi mente adormecida.
 Sí, esa voz aun la escucho, aun me parece
 Que la siente vibrar el alma mia
 I renacer mi corazon helado
 I hacer fuego otra vez lo que es ceniza.
 Fué de mi madre oh! Dios! aquel acento:
 De mi madre, si, fué ¿pues quién podria
 Llamarme así tan cariñosa i buena
 En medio de mi suerte infelísima?
 Ah! sentí yo lo que jamás pudiera
 Describir! ¡oh jamás! i en ese dia
 Volví a gustar la dicha inesplicable
 Que mal juzgaba para mi perdida.
 Desde entónces acá, la pena es gozo,
 El llanto i la afliccion solo alegría,
 I el presente crepúsculo tan solo
 De otra brillante inmarcesible vida.

En esta conversion de mis ideas
 Parte tuviste, tú, prima querida,
 Pues cuando en medio de mi seca angustia
 Tus dulces versos sin querer leia,
 Me figuraba que celeste llama
 Abrasaba mi ser, i en dulce dicha
 Tornaba a preludiar esos cantares
 Que arranca el corazon de la poesia.
 Tu musa es el amor: de ella destilan
 Raudales de dulzura cristalina,
 De casto fuego que si el pecho incendia
 No por eso jamas voraz calcina.
 Sí, cántame Mercedes canta, canta,
 Que a tu voz mis pesares se mitigan,
 I caridad i amor i hasta esperanza
 A mi llagado corazon inspiras.
 Oh! canta por piedad! no perezosa
 Cierres el labio a mi anhelar esquiva
 Que te quiero seguir por esos vuelos

De tu rauda i graciosa fantasía.

¿Quieres tú que cantemos, que las cuerdas
Tambien yo temple de mi tosca lira,
I siga los acordes de la tuya
Cual sigue al ruiseñor la alondra amiga?
Sí, Mercedes, cantemos: desde ahora
Será mi voz el eco de tu lira,
I quien sabe si entónces compañero
Digno de tí me juzgues algun dia.

El que puso el laud entre mis manos
Guió tambien las tuyas, cuando niña
Dejabas escapar las dulces notas
De tu pecho tan rico en armonía.

¿No lo recuerdas con su faz tan noble
Escuchando tu acento con sonrisa,
Dándote ejemplos de acendrado gusto
I haciéndote despues una caricia?
Este recuerdo basta: esto es bastante
A unir el trovador a la poetisa.

¿Crearás que al escribirte estas palabras
Una lágrima enturbia mi pupila
I un suspiro se exhala de mi pecho
Cual si volara al cielo el alma mia?
Sí, allí veo a mi padre que recibe
Entre los justos mi plegaria indigna,
Que me mira amoroso i que me manda
Que a tu voz seductora una la mia:
Que siga yo tu númen, i acordados
Se eleve nuestro canto a la infinita
Mansion de Dios, dó cual incienso sube,
Para aromar la atmósfera divina
Que respiran los justos bendecidos,
El cántico inmortal de la poesía.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Las fiestas de San Bernardo.—El palo encebado.—Un batallon daguerreotipado.—Las dos palabras salvadoras.—Beneficio de Velarde.—Los polvos de la madre Celestina.—Los diputados huyen el cuerpo.—Un baile vuelto comida.—El huevo del cuento.—Miscelánea curiosa.—Las píldoras de Kemp son ministeriales.—El *Ferrocarril* vuelve a nombrarnos.—*La Esperanza* i *El Pueblo* ¿salen o no salen?—*El Porvenir de Illapel* vestido de novio.—¿Quien pudiese serlo tambien en esta primavera!—Este es el tiempo de los gatos i de los candidatos.—A última hora.

El que diga que solo Santiago es el depósito del las diversiones, que solo la capital es el centro de la alegría i el contentamiento, de seguro que no habrá dicho la verdad sino puramente una ilusión por no decir mentira, en toda la estension de la palabra.

Decimos esto, porque habeis de saber que la villa de San Bernardo se ha entusiasmado sobremanera, celebrando con toros i cañas las fiestas de nuestro precioso aniversario. Cuando habla-

mos de toros i cañas, palabras que recuerdan las fiestas que tenian lugar en nuestra madre patria en tiempos pasados, cualquiera creeria que lo decimos solo por antonomasia; pero no es así, pues toros i mui toros son los que se han corrido en aquel dichoso i patriarcal villorio. Sí, los San Bernardinos han capeado al toro i puéstole banderillas como podria hacerlo Cúchares o Montes, i probado, por supuesto, que nosotros no somos ménos que nuestros padres para huir el bulto de las cornadas. Bonita diversion! ¡I ojalá que nosotros la hubiésemos tenido, que así al ménos habríamos conseguido adiestrarnos en el arte de la tauromaquia!

Es verdad, sin embargo que aquí no hai toros que capear, pues todos somos bueyes de engorda, mansitos i sufridos como unos borregos, i dispuestos, por consiguiente, a quedarnos con las banderolas en las astas sin agachar siquiera la cabeza para desprendernos del colgajo. Pero sea, en fin, lo que fuere, bien estamos como estamos i bien somos como somos, que eso no es obra nuestra sino de la suma potencia que nos hizo así para nuestra mayor gloria i provecho.

Otra de las fiestas que allí tuvieron lugar, fué la del *palo encebado*, que, como sabeis, no es otra que poner un palo mui resbaladizo con alguna cosa en la punta para que el que logre encaramarse hasta la cúspide, reciba el premio de su agilidad i destreza. Me han contado que lo nuevo i bonito de la fiesta no estaba solo en lo que acabo de relatar, sino en las alegorías que los San Bernardinos supieron hacer para dar muestras de su jenio. Efectivamente, en la punta del palo veíase una banderita, segun unos, i una banda, segun otros; lo que, como era natural, despertó vivamente la codicia de los concurrentes i hasta tal extremo, que mas de ocho de ellos se dieron unos costalazos, que solo puede disculpar el noble deseo que los animaba. Me dicen que uno, al fin, cojió la dicha banda en medio de la grito de los espectadores, los que, picados de la fortuna del dichoso, comenzaron a tratar de hacer por donde cayese al suelo, rompiéndose la cabeza i malogrando así el triunfo que habia conseguido. Pero no fué así, pues nuestro héroe trepó sin resbalar i descendió lo mismo, dando la muestra de que ya bien ensayada tendria la subida i mucho mejor la bajada, que, por cierto, es lo mas difícil en materias de gimnástica, como lo acredito OHiggins cuando los pelucones le armaron aquel palo encebado, i lo acreditan todos los gimnásticos que, a su semejanza han trepado con felicidad i caido con no tanta ventura. ¡I decian que Luis Felipe era el primer maromero de Europa! ¡Que disparate! pero ya se ve! a su edad i con el payaso de Mr. Guizot no es estraño haber dado aquella costalada, que no solo lo aplastó, sino que enterró para siempre a toda la compañía. Sobre el nombre del dichoso adalid de que te he hablado no se sabe nada, a no ser que es Talquino i tiene mucho conocimiento i mucha malicia i mucho que se yo qué, que es lo que pocos tienen en estos candorosos tiempos que atravesamos.

Al mismo tiempo que se ganaba la banda en el palo encebado, hacíase daguerreotipar en la plaza de la villa todo el número 7 de línea formado en

batalla. Preciosa ocurrencia! De este modo ya se puede tener a *bon marché* un regimiento, cosa que en todos tiempos no ha sido lo mas fácil. Si, señor, por cuatro o cinco pesos podemos comprar el cuadro dicho, i decir lo que decia Luis XV cuando el Abate Dubois se quejaba de que la Francia no tenia marina: ahí teneis a Vernet que os hará cuantos buques le pidais en unos cuantos minutos. ¡Ah poder de las artes! ¡Ah Monsieur Daguerre, por mucho que conociéseis la trascendencia de vuestro invento, jamas, estoi seguro, que os llegásteis a figurar que ciudades enteras con sus plazas i palacios i campanarios i batallones, podrian trasladarse sobre la plancha! Pero dejemos estas admiraciones hijas de un corazon artista i entusiasta, i tratemos de la salvacion del alma que es lo que importa ántes que todo.

Digo salvacion, porque habeis de saber que al leer en el diario de la capital en dias pasados un artículo, titulado *dos ideas salvadoras*, yo que deseo, como el que mas, salvarme, segun estoi de de culpas i de penas, echéme en busca del remedio i con tanto empeño que desde que comencé su lectura no solté el resuello hasta que lo hube concluido, i eso que el dicho artículo es capaz de burlar el aliento del mejor buzo. ¿I creerias que despues de andar buscando *las dos ideas salvadoras* no hallé ni salvacion ni nada que se le parezca? Pues, señor, así fué ni mas ni ménos; quedándome en consecuencia mondo i birondo de salvacion, i eso que las culpas me tienen como conciencia de diputado, que es todo lo mas cargado que se conoce despues del ponton Nereus.

Picado como era natural de esta pifia del diario, voime a consultar con un amigo, hombre de experiencia, el cual me dijo, por todo consuelo, que me quitase el clavo, como decimos, leyendo los otros editoriales siguientes en los que veria, como en los anillos de una solitaria, la solucion de mi intrincado i obstruso problema, Oh! le dije, eso es ya demasiado: que haya leído uno, no quiere decir que deba leer dos; i por consiguiente que usted me recete ese apocema tan cargada de yerbas i flores gabachas i jarabes aromosos de poesía, que me empalagan inmediatamente. —¿En consecuencia, me replicó, las dos ideas salvadoras se quedan en el tintero? Que se queden, le contesté, no solo en el tintero sino en la salvadera, si usted quiere, que en eso yo no me meto absolutamente. Admitido, volvió a contestarme, i tan admitido que desde ahora no llamaremos al artículo *las dos ideas salvadoras* sino las dos ideas de la salvadera. Bravo, bravísimo, fué mi última respuesta i vamos andando,

Ahora que recuerdo los toros de San-Benardo, te diré, lector, que el mártes próximo tendremos en escena el drama de Dumas, la *Teresa* que tantos i tan merecidos aplausos ha recibido del público.

Sobre la analogía de la fiesta de toros i la *Teresa*, te diré, si es que has estrañado el que haya amalgamado estas dos ideas, que me parece el héroe de la pieza, el Baron Delaunay, no solo un toro hecho i derecho, sino bien capeado, agarrochado i abanderillado por su yerno, Arturo, que entiende de tauromaquia mas que todos los Pepeillos conocidos i por conocer.

Tendremos pues este drama en beneficio del simpático actor Velarde. Le llamo simpático por que no le conozco, i creo que debe ser así, pues todo lo que veo, palpo i oigo no tiene nada de simpático, de donde deduzco que si nada de lo que miro es bueno i simpático, lo que no miro ni conozco debe ser un terron de simpatía encantadora.

No importa esto, vamos al teatro esa noche, que bien lo merece la pieza i mucho mas el beneficiado que trabaja cuanto puede por agradarnos, apesar de que nosotros no concedemos tan fácilmente nuestros cariños a nadie, i cuando por acaso lo damos, es solo a lo platónico, es decir, amor sin dádivas, que en eso está la habilidad del inventor de esta clase de afectos.

Para complemento, esa noche se exhibirá una fantasía titulada *La libertad de Italia*. El título no puede ser mas bello ni mas cariñoso: los amigos de la libertad, los que aman lo mas noble que puede tener el hombre en este mundo, de seguro que hallarán allí ocasion de recrear su mente. Lo único solo que sentimos es que la libertad de ese pueblo tan hermoso i querido no sea hasta ahora mas que una fantasía. ¡Quiera Dios, pues, que esta sea un hecho, i que el poeta no tenga solo que cantar dulces i tiernas aspiraciones, sino realidades amables i consoladoras!

Pronto se exhibirá tambien la comedia «Los polvos de la madre Celestina,» preciosa pieza del teatro Español moderno.—Oh! el título solo lo dice, i hasta tal grado que uno sin haberla leído puede sacar en claro el argumento. ¡Los polvos de la madre Celestina! ¿Quién no sabe algo de esto? ¿Quién no dice a cada momento en nuestra situacion «oh! los polvos de la madre celestina son los que han hecho esto i lo otro i lo demas acá i lo demas allá? Sí señor, los polvos esos tienen la culpa: por ellos estornudó el pais en 51 i por ellos estornudará en 61: lo único, sí, que no hai que olvidar es decir, en el acto de estornudar, Jesus, Maria i José, pues si no es así, estamos apique de que se nos rebiente una arteria i nos vayamos de sangre.»

A propósito de polvos de la madre Celestina, ¿has sabido porque los Diputados no asisten a la Cámara? ¿Será tal vez porque no se atreven a aprobar la lei de *responsabilidad civil*, o porque no se atreven a darle su negativa que sería lo mas acertado? ¿Porqué será pues esta modorra, esta falta de entusiasmo en el poder, piloto de nuestro progreso, en el poder salvador de nuestras instituciones, en el poder apoderado de nuestras garantías?

Como no puedo responderme satisfactoriamente, me inclino a creer que a los Diputados les han echado los polvos de la madre Celestina para que no vayan, i, en caso de que lo hagan, para que a su vez se los echen a la lei, que es la que mas los necesita. Si los Diputados huyen el cuerpo, es prueba de que la coña es peliaguda, que la lei no es así como quiera, una ojarasca, i que por lo mismo no debe tragarse sin saber lo que se traga. Si es así, tienen mucha razon, pues ya se sabe que hai Senadores que se han atorado con la comunión de esta lei, i que desean que les echen a ellos tambien los polvos de la madre Celestina para vomitar.

tarla.—¡Como no desearian ellos tener el poder del viejo Saturno para devorar sus hijos! No, que no! De seguro que se la tragaban entónces sin mascarla. Pero les habia de costar, pues, segun la Mitolojia, la madre de los hijos para escapar al último, envolvió en unos pañales una piedra, con lo cual se le rompieron los colmillos al anciano antropófago i pudo el niño echar abajo al padre, que sin esta estratajema lo habria devorado como un buñuelo.

Unos corren que la comida que se pensó dar al señor Intendente se ha vuelto baile, porque es mejor bailar que comer: otros que el baile se ha vuelto comida, porque es mejor comer que bailar; i otros que la comida será baile, i el baile comida o mejor baile i comida todo en uno, que lo mejor que hai, es comer i despues bailar, o bailar i despues comer con apetito i buen provecho.

Como yo soi Dueude, i por supuesto no he de ser convidado, me alegraria que no hubiese ni comida ni baile, i que se quedasen todos chasqueados i con el apetito hecho, que es lo que no se puede deshacer a dos tirones. Pero nó, la comida será, i los mismos de siempre serán los que se coman los pavos i las tortas, para que tenga sentido aquel cuento que nos enseñan de niños i que no es otro que: éste puso un huevito, este le echó la sal, este lo revolvió i este pícaro viejo se lo comió.

Me han dicho que las píldoras de Kemp se han hecho ministeriales, pues el *Ferrocarril* las considera como *Miscelanea curiosa*, como asunto de amena literatura.— Si es así, lo celebramos pues no han de faltar fiebres biliosas que curar ni indigestiones a causa de los banquetes i de las leyes. Como yo no soi del partido, no he querido ensayarlas; así no puedo hablar de su eficacia sino por lo que dice el diario.— Sobre todo sino son píldoras purgantes serán *literarias*, que letras hai hoy que purgan como el croto o la coloquintida.

Se nos han dirijido varios artículos anónimos titulados a los RR. del *Pueblo*, a los RR. de la *Esperanza*—¿Que es esto? ¿Sale el Pueblo o no sale? ¿Hai Pueblo o no hai Pueblo? ¿Hai Esperanza o no hai Esperanza ninguna? Averígualo, lector, para dar nosotros respuesta a nuestros favorecedores.

Como hoy cada uno se viste como le da la gana, el *Porvenir* de Illapel, periódico semanal, ha aparecido rosado. ¡Quien fuera como él! que eso al ménos seria ser novia o estar vestida de baile, que es lo único que hai de bueno en estos tiempos. En estos tiempos he dicho i en estos tiempos repito, para significar que nos hallamos en la primavera, en el mes de los gatos, en el mes de las flores, en el mes de exuberancia vital de la creacion, i por lo mismo en el mes de los candidatos, que aunque no anden maullando por los tejados detras de las Zapaquildas, siempre han de alborotar el cotarro i hacer desear que este tiempo erótico de la creacion se estinga en los incendiados fuegos del estio; que por la lei homeopática de *los semejantes* concluye con la primaverales estivales.

Antes que se me olvide. Como me lo suponía, don Miguelito Barra no ha querido quedarse sin contestarme: en eso ha hecho bien, pues habria sido una mengua para el orador no soltar, por via de epilogo, el trozo que hoy nos sopla en el diario de la capital.

La contestacion de don Miguel es buena; pero lo único que podria reprocharsele, es aquello de meterse en comparaciones con el Duende, comparaciones, que éste se hubiera muy bien guardado de hacer por modestia. Por otra parte, eso de embutir antecedentes de familia i hablar de *servicios* i de *patriotismo* i de edades, cuando todos sabemos los hechos que se nos cuentan, me parece que no es de lo mas lójico, ni que mejor cuadra con el carácter de un jóven tan precoz, que a la edad de 23 años *lleva una vida modesta*, etc., etc., etc. como el mismo dice.

Sí, don Miguel amigo: Ud. se ha salido fuera del tiesto, como se dice, pues que sea yo viejo, que haya redactado tales i tales periódicos, i escrito versos así i asao, i Ud. un *bambino* prematuro; eso no quita que su loa sea un centon de farrago i brosa, insoportable para todo paladar bien acostumbrado.

Ademas, ¿a qué diablos vino Ud. a ensartar a su padre en esta reyerta? ¿Lo hemos acaso nombrado siquiera? Pero ya se vé: Ud. quiso escudarse por ahí, sin pensar siquiera, como dice Sterne, que un escritor no debe nunca hablar de su cria, si no quiere verse espuesto a entrar en asuntos que pueden llamarse domésticos, i por lo mismo desagradables.

Sobre lo del payaso lo único que le diré Vd. Miguelito, es que cada uno hace reír a su modo, que cada uno cojea de distinta manera i que por lo tanto usted como yo (no importa lo servicios de su padre etc., etc.) nos prestamos bastante, como todo hijo de vecino, a la murmuracion de las jentes.

Pero que hacer! amigo: ese es i será el destino de los Migueles i los Manueles, pésenos lo que nos pese. Entretanto, duerma un poco, descanse de la cabalgata que hizo en la reja de la estatua, i despues de estar tranquilo, entónces seguiremos este diálogo tan interesante, que ahora interrumpo por no fatigarlo i molestarme.

A propósito de tener el *Ferrocarril* delante de mis ojos, te preguntaré si sabes el asunto que ha dado motivo al comunicado que viene contra el Dr. Lecornec. Yo sobre el hecho no sé mas, que algunos médicos son i serán siempre aquí i en todas partes lo mismo. No parece sino que la ciencia trajese consigo la insensibilidad, i que el hábito de ver los dolores humanos a cada instante, concluyese con estirpar del corazon del hombre todo vestijio de filantropía.

Cansados estamos todos de oír quejas semejantes, i sin embargo no sabemos que se haya tomado jamás medida alguna contra los abusos de que se quejan casi todos.

Decimos esto, para ver si se puede siquiera lograr que nos asistan de dia, a las horas en que no se puede suponer que los doctores estén con baños de piés o con los otros mil alifafes del oficio.

I con esto i sin mas se despide de tí tu servidor i amigo.

EL DUENDE.